

DISCURSO DE INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADEMICO 2009

Por: Dr. Hugo Calienes Bedoya

Rector

En este año 2009, nuestra Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo cumple once años, caminando serenamente, como reza el refrán: «sin prisa pero sin pausa», dejando una honda huella en su andar. La sociedad norteña –y, específicamente, la lambayecana - percibe su impronta y se beneficia de ella.

Nacimos con la finalidad de hacer universidad, un espacio de categoría científica donde se cultivaran los ancestrales valores universitarios y se actualizaran cada día los conocimientos, al ritmo de los nuevos descubrimientos. Hemos querido una Universidad donde se pudiera estudiar a profundidad los problemas que aquejan al mundo actual y, precisamente por tener la fortaleza de ser católica, darles una solución que colmara todas sus expectativas a la medida de su dignidad de personas con destino trascendente.

En este quehacer hemos tenido que superar la primera fase de distintas etapas: la de posicionamiento, la de investigación, la de internacionalización y, desde hace unos años, la de aceptación del producto que sacamos al mercado: nuestros egresados. Son retos que asumimos y que, gracias al apoyo –que es confianza- de ustedes han pasado la primera evaluación con una nota alta, como hemos podido comprobar por las estadísticas que nos ha mostrado el secretario general.

No cabe dormirse en los laureles, porque el camino que aun nos falta por recorrer es muy largo, tanto en el tiempo –siglos-, como en retos científicos –derivados de las investigaciones nuestras o de otras instituciones- a los que debemos ponerle rostro humano. La sociedad se renueva - cada día trae su propio afán- , por eso ninguna conquista es permanente, siempre estaremos peleando por ganar las batallas de posicionamiento, de investigación, de internacionalización y de ofrecer al mundo mejores y más cualificados profesionales.

En esta solemne apertura del año académico quiero plantear una nueva conquista, que si bien ha estado presente desde los comienzos, no la hemos asumido todavía prioritariamente como tal, pero, dado el crecimiento de la Universidad, es preciso prestarle ahora la mejor de las atenciones. Se trata de la conquista del “crecimiento para adentro”: el reto del mejoramiento “ad intra” de la Universidad.

Ello lo lograremos si los profesores, como personas y como profesionales -sutil distinción- asumen, con nuevos bríos, al interior de la vida académica, a la par que el trabajo docente que ya desarrollan, la tarea de investigar, de buscar nuevos horizontes de conocimientos. Si los que llevan a cabo funciones administrativas ponen ese plus que marca la diferencia entre un trabajo acabado de un trabajo bien acabado con perfección en los detalles. Si los padres de familia y estudiantes, en esta etapa clave de sus vidas, encuentran en su universidad –incluidas sus autoridades- no solo la acogida cordial sino también el lugar

donde se hacen realidad sus afanes de realización personal, que les confirma que su elección fue la correcta. Entonces estaremos “creciendo para adentro”.

¿Hablo de la cultura de la calidad, como esta de moda? Sí, pero de mucho más.

Puesto que las Instituciones las hacemos las personas, me refiero a un enriquecimiento personal nacido, no de la preocupación de la eficacia por la eficacia, ni de la preocupación por la posible, o real, competencia, u otras razones semejantes. Si obráramos por estos motivos el mejoramiento sería solo coyuntural y, lo que planteo hoy, porque lo necesita la Universidad, es una exigencia permanente por ser más cada día. Exigencia que está inscrita en nuestra naturaleza humana. Por tanto, hablo de una necesidad ontológica, imprescindible para llegar a ser a plenitud lo que nominalmente somos: profesores universitarios o sencillamente profesionales que trabajan en una universidad.

El lema de la USAT, “ Formamos personas y mejores profesionales ” sería una falacia si no hubiera el real, efectivo y diario mejoramiento de los que formamos parte de la Universidad. En mi discurso de toma de posición del rectorado decía que mi prioridad serían los profesores, y ahora lo sostengo con énfasis, ampliándolo a toda la comunidad universitaria. No basta con que el equipo directivo de la Universidad se empeñe en elevar la calidad del servicio académico –docencia e investigación-; es indispensable contar con la cooperación libre de cada uno de ustedes.

En el ámbito universitario este planteamiento no se hace porque algún aspecto del trabajo nuestro haya bajado de tono, lo que sería lamentable. Al contrario, se hace porque la superación personal y colectiva es un reto propio de los claustros universitarios, porque la responsabilidad que hemos asumido de formar personas y mejores profesionales que contribuyan a la transformación del país y del mundo es de tal magnitud, de tal envergadura, que no admite reposo, a los modeladores , en la búsqueda de su propia excelencia.

El perfil de las motivaciones que pedimos a todos está en relación directa con la identificación con el proyecto que la Universidad tiene para el mundo, que bien puedo resumirlo en pocas palabras: Servir a la verdad en y desde la universidad . Por eso nos conviene potenciar la calidad de las motivaciones que nos llevan a trabajar en la USAT.

Conocer y amar son interdependientes, porque sólo se ama lo que se conoce como verdadero; cuanto más se conoce, más se ama. Para trabajar como nos lo pide la Universidad necesitamos realizar, una y otra vez, el ejercicio de reflexionar intelectualmente sobre la misión encomendada, ponderar el hecho de encontrarnos en un lugar donde se nos brinda la oportunidad de llevar a cabo lo más valioso e importante que puede hacer un ser humano: formar personas y mejores profesionales .

Quiero terminar con una cita de la constitución “Ex corde ecclesiae” que nos habla del estrecho vínculo de la universidad católica con la iglesia local y con la iglesia universal:

“Afirmándose como Universidad, toda Universidad Católica mantiene con la Iglesia una vinculación que es esencial para su identidad institucional. Como tal, participa más directamente en la vida de la Iglesia particular en que está ubicada, pero al mismo tiempo, -estando incorporada, como institución académica, a la comunidad internacional del saber y de la investigación-, participa y contribuye a la vida de la Iglesia universal, asumiendo, por tanto, un vínculo particular con la Santa Sede en razón del servicio de unidad, que ella está llamada a cumplir en favor de toda la Iglesia” [1]

Sea, pues, nuestro compromiso de lealtad al Señor Obispo de la Diócesis de Chiclayo y Gran Canciller de nuestra Universidad, Mons. Jesús Moline Labarta, y a Su Santidad Benedicto XVI, padre común de todos los católicos, no sin antes agradecer el apoyo de todos -que muchos han tenido inclusive la amabilidad de manifestármelo expresamente-, en estos tres meses de gestión como rector. Gracias.

[1] Juan Pablo II, “Ex corde ecclesiae”, n. 27, Roma, 15.VIII.90